

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDIBARIO, CICLO B

BRAZOS DE CRISTO SIN MIEDO

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Isaías 35, 4-7ª; Santiago, 2, 1-5; Marcos, 7, 31-37



1. En distintos medios puede leerse la siguiente anécdota: en cierta ocasión, como consecuencia de una guerra, una bomba destruyó una iglesia. El Cristo, al que los parroquianos tenían una gran devoción, quedó mutilado de los dos brazos. Al concluir la guerra, los feligreses reconstruyeron aquel templo, restauraron la imagen del Cristo y lo volvieron a poner en su lugar. Al restaurarlo, no quisieron pegarle los dos brazos rotos y, a cambio, grabaron al pie de la cruz esta inscripción: *Jesús, queremos ser tus brazos.*

Eso debemos ser todos y cada uno de nosotros: brazos de Cristo; brazos, por medio de los cuales, Cristo actúe en nosotros mismos y en el mundo en que vivimos. Escribía un autor: *los brazos de Cristo son los del amigo que nos acompaña en cada cosa que vivimos... Los brazos de Cristo son los de quienes tienen nobles ideales y se esfuerzan por hacerlos realidad. Los brazos de Cristo... son los tuyos y los míos... porque Cristo no tiene brazos... sólo tiene nuestros brazos para manifestar al mundo su mensaje de Amor.*

2. Todo cristiano, siempre y en todas partes, está llamado a ser testigo de la fe y transmisor del Evangelio. Jesús dijo a la Iglesia toda, no sólo a los apóstoles o a la Jerarquía: *id al mundo entero y predicad el Evangelio.* El Evangelio de Jesús ha sido confiado a cada uno de nosotros, para que lo vivamos y lo anunciemos. Por eso, todo bautizado es y ha de ser profeta con Cristo, el profeta por excelencia; luz del mundo con Cristo, luz del mundo en el que vive; portador de verdad y de salvación con Cristo, verdad y salvación de todos. Esté donde esté, el cristiano debe hacer que resplandezca su luz, que es luz de Dios, para que el que pasa a su lado pueda encontrar y vivir la fe. Intentar vivir de esta manera es ser verdaderos brazos de Cristo. Estamos llamados a ser brazos de Cristo, cada día más unidos a Él, aunque tengamos que comprobar que habrá infidelidades que deberemos confesar.

El brazo de Cristo -nosotros- ha de serlo en todo momento y lugar, y en medio de su vida ordinaria. No hay que esperar a que ocurran grandes acontecimientos. Brazo de Cristo es la abuela que, a la vez que cuida de sus nietos, les enseña las oraciones y procura inculcarles las verdades de fe y los principios morales. Es brazo de Cristo el profesor universitario que, en un ambiente laicista y secularizado, pone los medios para ser un buen profesional

de la enseñanza, quiere a sus alumnos, no oculta su condición de católico y habla de Dios y de la Iglesia con naturalidad, sin complejos y con valentía, aunque encuentre un cierto rechazo por parte de algunos compañeros. Son igualmente brazos de Cristo el obrero o el administrativo que actúan de una manera semejante. Son brazos de Cristo, y muy importantes, por poner otro ejemplo, los padres que se toman en serio la formación religiosa de sus hijos.

3. El brazo de Cristo, el cristiano, para ser buen brazo, buen cristiano, debe tener como alimento que le fortalezca el pan de la Eucaristía y el pan de la Palabra. De ambos panes, de ambas mesas, estamos participando en este momento del domingo. Las lecturas proclamadas nos indican una de las características que ha de poseer y cuidar el que quiera ser buen brazo de Cristo, que es lo mismo que decir, buen trabajador en la viña del Señor. De manera expresa aparece enseñada en estas palabras del profeta Isaías: *decid a los cobardes de corazón: sed fuertes, no temáis.*

En último término, el motivo por el que hemos de ser fuertes y valiente es Cristo. En el texto evangélico, lo hemos contemplado curando al sordo que, además no podía hablar. Su palabra se muestra poderosa realizando la curación del mismo. Con esa curación Jesús da a entender que Él es el enviado de Dios, que cumple la salvación anunciada por los profetas y, en concreto, cumple lo que se anuncia también en la primera lectura, después de la invitación a ser fuertes y no temer: *mirad a vuestro Dios, que trae el desquite, viene en persona, resarcirá, y os salvará.*

4. A este Cristo hemos de anunciar; de él somos sus brazos. Pero el que quiera ser brazo eficaz de Cristo ha de sobreponerse a la cobardía que pueda acecharle y a los miedos que puedan entrarle. Somos así. No tenemos que sorprendernos de que, ante los peligros o las empresas arduas, nos entre miedo y tendamos a la cobardía. Llevar a cabo la tarea de una nueva evangelización, cada uno en su terreno, es misión ardua y difícil. Mostrarse como católico practicante y hablar de Dios es, en no pocos ambientes, algo que puede producirnos auténtico miedo, y que puede invitarnos a ser *cobardes de corazón* ante las reacciones adversas que surgen. Pero el Señor nos dice en esta Eucaristía: *sed fuertes, no temáis.*

Hemos de pedir al Espíritu Santo que nos conceda el don de la fortaleza para dar la cara por Cristo, anunciando el Evangelio con valentía y siendo brazos fuertes de Cristo, que se dejan clavar en la cruz de cada día. No puede olvidarse que el cristiano ha de estar siempre dispuesto a dar y gastar esa vida en defensa de la fe y de los valores morales fundamentales, sea en un momento determinado con el martirio, o sea en la vida ordinaria, haciendo frente con fortaleza, audacia y valentía a las dificultades, grandes o pequeñas, con las que se pueda encontrar. Nuestro mundo moderno está muy necesitado de *brazos de Cristo sin miedo*. ¿Te decides a serlo?

5. Pedimos a la Virgen generosidad de corazón y fortaleza para ser brazos de Cristo sin miedo.